

**“LES HABLO DE JESÚS NAZARENO”
(Hechos 2, 22)**

**Meditación para animar creyentes
Inicio del Curso pastoral**

24 de Octubre de 2006, San Antonio María Claret

INTRODUCCIÓN

Soy consciente de que el trabajo pastoral que hemos de afrontar durante este Curso puede quedar marcado, o al menos sus inicios temporales en estas fechas, por una cierta sensación de estar perdidos, como caminantes sin meta y sin brújula. Por eso creo necesario que aceptemos con toda claridad y con toda decisión este curso como el año de **construir entre todos el Plan de Pastoral** que nos puede ayudar a caminar en los años sucesivos. Quisiera con este escrito animar a asumir esta tarea, que ya he indicado en las palabras de introducción a la Agenda Pastoral.

Pero también tenemos que **superar un equívoco**: una cosa es la tarea pastoral que intenta programar, montar los andamios y las muletas para andar en lo sucesivo, y otra la vida cristiana, que consiste en vivir el encuentro con Cristo en la unidad de los hermanos, y transmitir la experiencia de ese encuentro a los que nos rodean; en una palabra como más técnica: vivir y transmitir la Fe. En esto no puede ni debe haber pausa, ni siquiera estratégica. El curso 2006-2007 no puede ser un Curso *en barbecho*: “Dicho de una tierra labrantía: Que no está sembrada durante un tiempo para que descanse”.

En las mismas palabras de la Agenda Pastoral he indicado cuál ha sido la percepción más común que he tenido de la vida diocesana y de sus deseos. El párrafo que sigue lo recoge:

“Un tema central: la Transmisión de la Fe

*Les he dicho en diversas ocasiones que la Iglesia Diocesana es un ser vivo, que nunca se ha parado, y yo me incorporo a su vida y a su movimiento, para ocupar en ella el lugar que creo que Dios quiere, y que día a día voy tratando de contar y de cumplir. Amparado en la amplia y leal acogida, que agradezco de todo corazón, ésa es precisamente la razón de mi atenta escucha: tratar de percibir el ritmo del Espíritu en la vida de la Iglesia Diocesana. Y he podido advertir que hay un empeño y un deseo bastante extendido y bastante común, un empeño y un deseo que coinciden ampliamente con los ecos que se perciben en tantas otras Iglesias. En lecturas de teólogos y pastoralistas, en cartas pastorales de hermanos Obispos, en las Aportaciones a la Evaluación de la Pastoral Diocesana, en los encuentros con sacerdotes, consagrados, laicos, aparece como tema central la TRANSMISIÓN DE LA FE. Aparece enmarcada en un conjunto de conceptos/realidades que la matizan y la concretan: coordinación, comunión, renovada motivación, iniciación cristiana, renovación de la esperanza, En torno a la realidad de la Transmisión de la Fe **aparecen** los cuestionamientos sobre cómo hacerlo, con qué dinámica, con qué metodología. **Aparecen** los interrogantes sobre las modulaciones concretas para ambientes concretos: juventud, familia, infancia. **Surgen** las preguntas acerca de la preparación personal de los agentes. **Aflora** el repaso de los problemas de fondo implicados: actitudes necesarias, análisis de situaciones, contenidos*

y formas de expresión... Se orienta la mirada a los campos que necesitan atención preferente: la catequesis, la celebración litúrgica y especialmente la Eucaristía como formadora del cristiano y conformadora de la comunidad, la acción educativa de la familia y la escuela... ”

Construir un Plan de Pastoral es precisamente dar forma a todas estas observaciones, para que, convertidas en objetivos concretos para cada curso, para cada campo de la pastoral y para cada parroquia y cada comunidad, nos ayuden a crecer como creyentes en los años sucesivos. Un ejemplo para entendernos. De todos es conocido el carisma con el que San Francisco de Asís enriqueció a la Iglesia de su tiempo: el Evangelio es la verdadera y la única norma de la vida cristiana. Pero, siguiendo las indicaciones de la Iglesia, convirtió este principio básico en una Regla concreta, que ordenaba y unía la vida de sus seguidores y les ayudaba a mantenerse fieles. Algo parecido podríamos decir nosotros: no hay más Plan de Pastoral que el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, no hay más programa que la vida de Cristo, y no hay ayuda más eficaz que la fuerza de su Espíritu. Pero podemos y debemos convertir esta realidad fundamental en unas muletas que nos sirvan de apoyo para nuestra debilidad. Un hermoso texto de Juan Pablo II lo indica con precisión: *No se trata, pues, de inventar un nuevo programa. El programa ya existe. Es el de siempre, recogido por el Evangelio y la Tradición viva. Se centra, en definitiva, en Cristo mismo, al que hay que conocer, amar e imitar... Sin embargo, es necesario que el programa formule orientaciones pastorales adecuadas a las condiciones de cada comunidad. ... En las Iglesias locales es donde se pueden establecer aquellas indicaciones programáticas concretas -objetivos y métodos de trabajo, de formación y valorización de los agentes y la búsqueda de los medios necesarios- que permiten que el anuncio de Cristo llegue a las personas, modele las comunidades e incida profundamente mediante el testimonio de los valores evangélicos en la sociedad y en la cultura (NMI 29).*

LA TRANSMISIÓN DE LA FE: TAREA DIFÍCIL A REALIZAR

Me parece, precisamente, que el tema de la Transmisión de la Fe no es percibido en primer lugar como una tarea a realizar, o como la tarea más importante a realizar por la comunidad cristiana Iglesia. Empezamos por una conciencia fuerte de debilidad. Primero lo percibimos como un problema, como **un dificultoso problema**, para muchos incluso como irresoluble. De entrada nos situamos como vencidos por el imponente Goliat de la cultura que nos rodea. Y experimentamos que este poderoso Goliat de la cultura tiene ayudas y apoyos: en el interior de nuestro corazón y de nuestra Iglesia la ayuda de la fragilidad de nuestras defensas personales y comunitarias; en el exterior, algunas o muchas de las medidas políticas o las campañas mediáticas interesadas que aparecen periódicamente.

Los **resultados**, o mejor, la ausencia de resultados, y la dificultad en conseguir lo que conseguimos es lo que más cuenta en nuestros análisis, y en nuestras preocupaciones. Seguimos realizando las tareas de la catequesis, de la celebración litúrgica, de la ayuda de caridad, pero comprobamos que las estamos haciendo para cada vez menos gente, para unas gentes cada vez más mayores en edad; y en no pocas ocasiones con gente no identificada en realidad con lo que hacemos, celebramos y testimoniamos. Es frecuente que nos dejemos vencer por esta cuenta de resultados, y nosotros mismos pasemos de una pastoral de la propuesta audaz y esperanzada a una pastoral de respuesta a la demanda bajo mínimos. Si

vienen pocos a la misa diaria, suprimimos la misa diaria; si no entran en el templo más que con cuentagotas, lo mantenemos cerrado, si hay respuesta escasa a nuestras ofertas de charlas, hojas formativas, etc., las dejamos de proponer.

El **mundo de los jóvenes** nos interpela. No sabemos qué es más acertado afirmar: que los jóvenes se han marchado de la Iglesia, o que en realidad nunca han estado en ella, aunque hayan merodeado y hasta ocupado nuestros salones parroquiales y los escenarios de nuestros encuentros masivos durante un tiempo de sus vidas y de las nuestras. Mantenemos la conexión con algunos jóvenes, pero miramos al exterior y vemos que son una exigua minoría, que no terminamos de ver identificada al cien por cien, ni mucho menos, con las pautas doctrinales y morales que la Iglesia anuncia y ofrece. Las estadísticas y los sondeos, desde el mundo eclesial y desde el mundo civil, nos muestran una juventud satisfecha y feliz, preocupada por el paro, la vivienda, los problemas económicos y de empleo, es decir, por aquellos temas que han de influir en su prosperidad y nivel de vida; con algunas aspiraciones de justicia y libertad, pero muy identificada con valores, actitudes, criterios y comportamientos dominantes en la sociedad: aborto, eutanasia, clonación, diversidad de convivencia social, etc., no siempre acordes con la doctrina que la Iglesia manifiesta y anuncia. La religión -a juicio de ellos mismos- es considerada mayoritariamente como algo poco o nada importante, aunque se autocalifican como católicos -practicantes y no practicantes- en un alto porcentaje.

El **ámbito de la catequesis**, que tanto llena todavía nuestras Parroquias y comunidades, nos produce muchas alegrías, pero también nos plantea amplios y serios interrogantes: la desproporción entre los que participan en las sesiones de catequesis y los que se incorporan realmente a la comunidad cristiana es cada vez mayor. La celebración de los sacramentos de la iniciación, que siguen solicitándose en número estadísticamente muy alto, supone en muchos casos, demasiados, el momento del abandono de la práctica sacramental e incluso de la presencia en la Iglesia. Se trabaja intensamente para interesar e implicar a los padres de los niños, adolescentes y jóvenes en los procesos catequéticos o catecumenales de sus hijos, con resultados muy escasos. Los padres no siempre respaldan, viven, se identifican con lo que se hace, se celebra y se vive en la Parroquia, y no obstante siguen pidiendo el Bautismo, la Eucaristía y la Confirmación. La necesaria renovación de nuestros cuadros de Catequistas se encuentra a veces con más de una dificultad, porque no resulta fácil asumir un compromiso estable con la comunidad parroquial.

El **mundo de la familia**, empezando por los novios que preparan la celebración del Sacramento del Matrimonio por la Iglesia, todavía muy importante en número, es una verdadera caja de sorpresas. No son pocos los matrimonios y las familias que viven felizmente el sentido cristiano de la vida familiar. Y nos debemos preguntar si estamos realmente acompañándolos, valorándolos y cuidándolos como necesitan y se merecen. Y abundan, en expresión de Benedicto XVI (Ángelus del domingo 27 de agosto) las dificultades en las relaciones familiares, y las madres angustiadas porque sus hijos se encaminan por senderos equivocados. La sociedad presenta la vida familiar como un catálogo de opciones diversas, todas con la misma legitimidad legal y social, y la violencia doméstica es la noticia diaria que nos conmueve y nos cuestiona por producirse precisamente allí donde habría de esperarse el dominio de la comprensión y la ternura.

La comunidad cristiana en parroquias de ciudad, de barrio o de pueblo, las asociaciones y los grupos cristianos, son ámbitos de felicidad, participación, compromiso y testimonio de servicio y solidaridad para muchos miembros de la Iglesia y para muchos extraños a ella. Pero hay con excesiva frecuencia un *‘exilio interior’*, una especie de falta de identificación con la *‘familia’* a la que se pertenece. Hay cristianos sin Iglesia, incluso a veces por y con rechazo, y hay cristianos para los que la Iglesia no es una realidad teologal, del ámbito de la fe, un don que viene de arriba, del Padre, sino el colectivo sociológico que de hecho está ahí, a veces a la vuelta de la esquina, y con el que tengo una adhesión intermitente y a capricho. *‘Soy de la Iglesia o de la Comunidad de NNN’*, y se le pone nombre y apellidos humanos a lo que los Padres llamaban *“una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”* (LG 4).

Esta comunidad **celebra la fe** que la hace nacer y crecer, su adhesión a Cristo, muerto y resucitado por nuestra salvación, y se reúne el domingo cantando con alegría, escuchando con devoción, ofreciéndose y ofreciendo por el bien de la humanidad el sacrificio de su Señor, y comulgando desde el pan único y partido para convertirse en alimento repartido entre los pobres y necesitados. Pero también sabemos que hemos perdido aliento y vigor, desde aquellos famosos adjetivos que se convirtieron en el inmediato posconcilio, en el arquetipo de la celebración ideal, y que marcaron un estilo buscado y trabajado: que los fieles participen en la acción litúrgica de modo *‘consciente, activo y fructuoso’* (SC 11). ¡Cuántas celebraciones con la inconsciencia del cumplimiento, la pasividad del mero estar presente, y la ineficacia de su inoperancia en la vida personal y social! ¡Cuántas ausencias, y cuántas intermitencias inconstantes! ¡Cuántos Días del Señor, cuántos Domingos, sin más carga religiosa que la diversión, el descanso y el ocio!

Hablar de **transmisión de la fe** supone que se ha de entregar de generación en generación -con el sentido fuerte que tiene este verbo **‘entregar’** en la vida de la Iglesia- un cuerpo de doctrina y un conjunto de criterios, actitudes y comportamientos prácticos. *“La Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree”* (DV 8). La Iglesia entrega, transmite, comunica a Cristo. Pero la adhesión de los miembros de la comunidad cristiana a Cristo, y a este conjunto de doctrina, vida y culto, y a este cuerpo es bastante menos que uniforme. Es más bien selectiva y considerada como opcional. Muchos se convierten en criterios del canon para sí mismos, y en silencios respetuosos para con el parecer de los demás, crean lo que crean y actúen como actúen. Y en boca de creyentes se reclama una adaptación del *‘pensamiento oficial de la Iglesia’* a las nuevas corrientes y pautas de la cultura de hoy, mitificada como la cultura del progreso.

En sus documentos más importantes la Iglesia se presenta como *‘experta en humanidad’*, como portadora de un mensaje y de un programa humanizador desde su visión de Cristo como hombre auténtico y cabal, que revela al hombre qué es, cómo vive y cómo actúa el hombre sin más (cf. GS 22). Pero la sociedad no mira al cristiano como el representante de un ser más y mejor hombre, sino precisamente todo lo contrario: el portador de un germen de desprecio, aminoración y destrucción del hombre mismo. No sólo es que la Iglesia ha perdido el tren del progreso -se dice- sino que ha tomado el de la dirección opuesta, el del retroceso a los tiempos oscuros. El fantasma de Nietzsche, presente en la sábana de paseo de muchos *‘intelectuales’* y políticos, sigue con su pretensión de convencer a la

humanidad de que Cristo y su mensaje hacen bueno a lo que daña al hombre y malo a lo que lo cura y lo hace crecer.

Hacemos una y otra vez los análisis de la realidad, lo que llamaríamos la observación de los destinatarios de la acción evangelizadora, para conocer y tener en cuenta cómo son y cómo afecta en consecuencia a las dinámicas y métodos que debemos utilizar, pero no hacemos con la misma precisión el análisis de nuestra propia realidad, no nos preguntamos si esos factores que descubrimos en los análisis de los destinatarios nos afectan a nosotros; si nuestra falta de coherencia y comunión real en doctrina, culto y vida están influyendo en los resultados; si contamos con el convencimiento, el celo, el ardor misionero que salva las distancias e ignora los obstáculos. No hay que retocar sólo las dinámicas, los métodos y las expresiones, sino reformar a los que las utilizamos. Es la tarea principal. La sociedad se ha alejado de Cristo ¿Y los miembros de nuestras comunidades cristianas? ¿Y nosotros mismos, pastores, catequistas, etc.?

UN TEMA DE FONDO: SE HA ROTO EL PROCESO DE TRANSMISIÓN O/Y SE HA ALTERADO EL CONCEPTO MISMO DE TRANSMISIÓN

En muchos casos, los niños, adolescentes y jóvenes de hoy son los hijos de los jóvenes de los 70, que se alejaron de la Iglesia. Muchos padres de hoy, a los que llamamos alejados, siguen acercándose a la comunidad cristiana a pedir los Sacramentos de la Iniciación para sus hijos, pero estos hijos no han recibido los primeros pasos de la fe **DE** la familia, puesto que no podemos llamar fe **propia** de la familia lo que no se ha convertido en opción personal, aunque siga actuando desde la inercia social o la herencia familiar. Pero tampoco han recibido los primeros pasos de la fe **DESDE** la familia como vehículo transmisor. Esas generaciones menores han recibido los fundamentos de la fe cuando se acercan a la catequesis parroquial. Se acercan para prepararse a ‘algo’. Y a ese ‘algo’ lo llamamos ‘recibir un sacramento’. El fin de la catequesis es acercarse a Cristo, no prepararse a ‘algo’, aunque este ‘algo’ sea una digna ceremonia; y los sacramentos no se reciben, se celebran como encuentro con el Maestro y Señor. Pero los verbos: ‘acercar’ y ‘celebrar’ no son fáciles de conjugar sin el aliento de Jesús experimentado como Alguien vivo y actual.

No nos apresuremos con actitudes condenatorias globales para con nuestros pastores, o nuestros catequistas, o nuestros padres sin más. El fenómeno no afecta sólo a la Iglesia, sino a toda la sociedad. Hoy se ensalza la ruptura como el paradigma más feliz. Se trata de construir el futuro sin pasado, desde lo que se quiera, con tal que se consensúe. Y se entiende la educación como el instrumento de socialización de las generaciones que se incorporan a la vida de cada momento, como la herramienta de adaptación a lo que se ha elegido como más válido por actual. Y se ha llegado a la situación de que el Gobierno puede pretender convertir al Estado en el gran educador de la sociedad, configurando a ésta a su imagen y semejanza, por encima de los primarios derechos de los padres. Y la educación se convierte, en opinión de muchos, en el principal problema social.

Por otra parte, con demasiada facilidad entendemos *transmisión de la fe* como comunicación de conocimientos, y de pautas de comportamiento. Tenemos, como he repetido últimamente más de una vez, **una visión más didáctica que iniciática de la transmisión de la fe**. Vemos la urgencia y la necesidad de dedicarnos a ‘*formar*’ cristianos, porque hoy, como

en los primeros siglos del cristianismo, y a diferencia de lo vivido hace pocos decenios, comprendemos que los cristianos *'no nacen, se hacen'*. Pero ¿cómo se forma un cristiano? ¿Qué significa un cristiano formado? Es una pregunta previa que merece toda la atención. Cuando hablamos de cristianos 'formados' pensamos más fácilmente en cristianos que saben muchas cosas de teología, que han seguido muchos cursos académicos o cursillos menores, que son capaces de analizar las líneas y los impulsos de la cultura del momento y saben situarse correctamente ante la misma con un bagaje de conceptos o al menos de términos, de palabras religiosas o teológicas. ¿Cómo asumimos que un cristiano formado es un cristiano *'configurado'* con Cristo, que tiene y sigue sus criterios, que habla el lenguaje de sus labios, que hace aquello que el mismo Jesús llamaba *'mis obras'*, que ve a todos los hombres como hermanos como hijos del mismo Padre, y vive con sus hermanos creyentes en Iglesia, y que comunica y contagia a otros su experiencia?

En el ámbito de la transmisión de la fe, que hoy consideramos como la tarea a realizar, y la tarea difícil, la Iglesia ha ido configurando desde el Concilio Vaticano II un entramado de análisis, principios, conceptos, indicaciones metodológicas que no están suficientemente presentes en la vida de las comunidades, de sus pastores y de sus agentes de pastoral. A los diez años de la clausura del Concilio el Papa Pablo VI hizo pública la Exhortación *Evangelii Nuntiandi* (1975), que situó a la Iglesia en estado de evangelización, renovando planteamientos y animando iniciativas. Pocos años después, Juan Pablo II nos entregó la Exhortación *Catechesi Tradendae* (1979), que aplicaba todo lo anterior al campo concreto de la Catequesis. Estos dos documentos llevaban la firma y el aliento de dos grandes Papas, y eran al mismo tiempo el fruto de la reflexión conjunta y amplísima de dos Asambleas del Sínodo de los Obispos. Habría que proseguir el arco temático con la publicación de la Encíclica de Juan Pablo II *Redemptoris Missio* (1990), y así nos damos cuenta de cómo el tema de la transmisión de la fe, que ahora nos preocupa y nos ocupa, trae de lejos vigorosas raíces de reflexión, quizás no atendidas de modo adecuado. El *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992) y el *Directorio General para la Catequesis* (1997), en distintos niveles, forman como un concentrado precioso de lo que necesitamos atender: qué transmitir, qué es transmitir, cómo transmitir.

UNA PALABRA CRISTIANA PARA ANIMAR E ILUMINAR UNA SITUACIÓN

Para clarificar, para animar, y también para estimular nuestra reflexión creyente y nuestra acción, y para pacificar corazones inquietos y medrosos, sugiero que nos acerquemos al libro de los Hechos de los Apóstoles. En realidad si tuviéramos que buscar un manual de buenas prácticas pastorales y un vademécum de pedagogía cristiana, sin duda que lo encontraríamos en este segundo tomo de la única obra de Lucas. En realidad es esto lo que necesitamos y lo que andamos buscando: acertar en la pedagogía creyente.

Aunque los 'Hechos' que se enuncian y se anuncian son los de los Apóstoles, o al menos de los dos más importantes: Pedro y Pablo, el verdadero o los verdaderos protagonistas del libro son los mismos que centran lo proclamado en el primer tomo de la obra de Lucas, el tercer Evangelio: la Palabra y el Espíritu. Desde Jerusalén, donde termina el Evangelio y empiezan los Hechos, hasta Roma, 'los confines de la tierra', vemos el camino que recorre la

Palabra conducida por el Espíritu en las iniciativas y las palabras de los primeros testigos y las primeras comunidades.

Pero, antes de que se den los primeros pasos de ese largo camino, la obra tiene como una gran obertura en compases de espera, los compases que ha ordenado el Señor resucitado antes de subir al cielo: *‘Esperen el don de lo alto... y serán mis testigos’*. Hay que esperar en oración, con María, la Madre de Jesús, y reconstruir el grupo de Doce incorporando a Matías. Hay que acoger el Don de lo alto, viento y fuego, antes de abrir la puerta del cenáculo y lanzar el grito: *No estamos borrachos... Es el Espíritu que dijo Joel, el Profeta... ¡Les hablo de Jesús Nazareno!*

Les invito a recorrer los rincones del corazón de Pedro en el tiempo que precede a ese momento de salir a la calle. No son muy extraños a los rincones de nuestro propio corazón. Veo en ocasiones a la Iglesia y a muchos de sus pastores y agentes de pastoral, como a Pedro ante la puerta cerrada. Llenos de preguntas, hasta atenazados por el miedo o la vergüenza de salir, repasando una y mil veces las mismas cuestiones, preguntándose cómo es el mundo y la sociedad en la que hay que vivir... Pero el Espíritu invita, empuja y alienta a abrir la puerta. No dejará de hacernos bien recordar la experiencia de Pedro. Re-cordar es volver a pasar por el corazón.

¿QUÉ PASA POR EL CORAZÓN DE PEDRO?

1.- Pasa la experiencia del camino recorrido con Jesús durante años.

Han sido años de caminar aprendiendo muchas cosas al acompañar al Maestro. Y muchas de esas cosas, lo escuchado, lo visto y lo vivido, no se han llegado a comprender del todo. Y, aún comprendidas, no han llegado a marcar el corazón y la vida de los discípulos: en etapas pasadas, el Nombre, el Reino y la Voluntad del Padre no eran precisamente lo que identificaba a los seguidores, que podían preguntar tranquilamente si no se solucionarían muchas cosas haciendo bajar fuego del cielo sobre los que no les reciben, o discutir quién es el más importante de ellos, o para quién van a ser los sillones de la izquierda y la derecha, precisamente cuando Jesús les acababa de hablar de que la muerte le rondaba ya camino de Jerusalén.

También nosotros, todos en la Iglesia, hemos aprendido muchas cosas del Maestro y sobre el Maestro. Hemos pasado por muchas catequesis, muchas clases, muchas homilias, pero ¡cuántas palabras de Jesús se han muerto en nuestros oídos, no han pasado al corazón y a la vida! ¡Cuántas veces hemos discutido por el camino de cuestiones inútiles! ¡Cuántas iniciativas para excluirnos unos a otros del ‘juego pastoral’ y situarnos a nosotros mismos en puestos destacados, visibles y notorios! ¡Cuántos olvidos y cuántas confusiones! ¡Cuánta incoherencia diaria!

2- Pasa la experiencia de la muerte de Cristo

Por el corazón de Pedro pasan las horas y los días -casi tres enteros que han sido una eternidad- del silencio, el miedo, la duda y el tormento. El del Maestro y el de ellos. Desde la negativa a dejarse lavar, a la traición en la amistad, pasando por la presunción de tenerse por el único que permanecerá fiel entre los compañeros.

Cristo ha muerto por nosotros y por todos los hombres, pero Cristo ha muerto hoy en el corazón de muchos. Las dudas de los paganos y ateos hacen mella en el corazón creyente, las provocaciones de la cultura dominante resquebrajan muchas seguridades. Basta una novela de ficción: El Código da Vinci, o los rumores del hallazgo de un nuevo Evangelio, el de Judas, que sería la verdadera ‘buena noticia’ a seguir por los que no están realmente interesados por la auténtica, y se conmueven los cimientos de la tierra. Algunos cristianos se sienten asediados por las burlas o las críticas, y no terminan de aclararse sobre si son con o sin fundamento. Y ante el ataque, las dudas o la sospecha, los cristianos van abandonando el escenario, y huyen dispersándose como los discípulos en el huerto cuando Jesús fue llevado por los soldados.

Y el miedo se instala en el corazón de los bautizados. ¡No tengáis miedo! Gritó Juan Pablo II en sus primeras palabras a la Iglesia que le recibía como sucesor de aquel Pedro del cenáculo. Y el siguiente sucesor, Benedicto XVI, las repitió, hermosamente glosadas, en su primera Homilía como Romano Pontífice: *“¡No tengáis miedo! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo!” El Papa (Juan Pablo II) hablaba a los fuertes, a los poderosos del mundo, los cuales tenían miedo de que Cristo pudiera quitarles algo de su poder, si lo hubieran dejado entrar y hubieran concedido la libertad a la fe... Además, el Papa hablaba a todos los hombres, sobre todo a los jóvenes. ¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo – si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él –, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ...Así, hoy, yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida. Amén.”*

3.- Pasa la experiencia de la Resurrección y la acogida del Espíritu.

La vida de Pedro quedó marcada por la experiencia de las cuatro de la tarde de aquel día junto a las aguas del Jordán, cuando se inició aquella jornada con Jesús, en la que *‘fueron, vieron y se quedaron con Él’* (Juan 1, 39). Pasaron muchos días y muchas cosas hasta que perdió la mirada viva del Maestro y hasta su cuerpo enterrado. *“Se han llevado al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”*, le gritó María la Magdalena. Y corrió al lugar de las sombras, el sepulcro, y encontró las vendas y el sudario, las huellas del paso por la muerte... pero a Él no le vieron. Y otro Encuentro, ‘al atardecer’ (¡siempre se recuerdan las horas de los encuentros felices!), en el Cenáculo, el lugar del manto ceñido y la jofaina en la mano y el agua sobre los pies descalzos, el lugar del pan partido y el cáliz que se desborda entregado, le devuelve la paz, una paz que no esperaba, y le da el aliento, un ánimo que no podía ni imaginar, y un mandato de envío que no puede comprender entonces hasta dónde le llevará.

Es necesario que planteemos el tema del ‘encuentro personal’ con Cristo en la vida de los cristianos. Muchos, demasiados, no han vivido de ninguna forma este ‘encuentro personal’. Otros, quizás muchos, sienten que les han quitado el Señor o viven como si se lo hubieran quitado y no supiesen dónde encontrarlo. Su relación con el cristianismo es relación con doctrinas, normas, preceptos y ceremonias. Pero el alma de todas estas cosas, lo que les da sentido es el conocimiento, el amor y el seguimiento de Cristo. Espontáneamente se va la memoria a las hermosas conclusiones que Juan Pablo II nos invitó a sacar del Año Jubilar

2000: *El encuentro con Cristo es la herencia del Gran Jubileo. Hay un rostro para contemplar, el suyo, y un camino para recorrer desde esa contemplación, para ser Testigos del Amor.* Es el resumen y el esquema de su Carta *Novo Millennio Ineunte* (2001).

Podemos leer nuestra propia situación a través de estas experiencias de Pedro y los demás cristianos en el libro de los Hechos, y podemos dejarnos guiar por los caminos de sus páginas, dejarnos guiar y animar por el Espíritu que alienta en aquellos caminos, para poder escribir nosotros hoy también algunos ‘hechos de apóstoles’.

¿Y DESPUÉS DE ABRIR LA PUERTA?

UNA HISTORIA COMO LA NUESTRA.

Después de atreverse a abrir la puerta del Cenáculo, Pedro, los Apóstoles y los primeros cristianos han vivido una historia que no está lejos de la nuestra. Las grandezas y las heroicidades, también hoy existentes entre nosotros, se alternan con las miserias, los frenos y las incoherencias. Se pone todo lo que se tiene a disposición de todos para ser un solo corazón y una sola alma, pero no falta quien, como Ananías y Safira, se reserva una parte para disfrutarla sin compartir (Hech. 5, 1ss). El Espíritu Santo es la gran fuente de la luz y la fuerza, pero Simón el Mago, después de creer y ser bautizado, pretende comprar con dinero el poder disponer de ese Espíritu (8, 9ss). Y hay cansancios, como el de Juan Marcos, que se vuelve atrás (13, 13), consiguiendo incluso que Pablo y Bernabé estuvieran tirantes y se separaran (15, 36-40).

Se buscaron y se encontraron las iniciativas y los medios de seguir caminando para difundir el Evangelio y transmitir la fe. Pero los pasos más destacados no siempre son la consecuencia más evidente y espontánea de los principios asumidos. Hasta lo negativo, lo más negativo, se convierte en estímulo u ocasión de crecimiento y avance. Un fallo en la atención desigual a las viudas dará origen a la aparición de una nueva estructura, los siete ‘varones apostólicos’; y se consolida la conciencia de que lo primero para los Apóstoles es la oración y el anuncio de la Palabra (6, 1ss). Una violenta persecución contra la Iglesia de Jerusalén hace que todos, menos los Apóstoles, se dispersen por Judea y Samaría y anuncien la Buena Nueva (8, 1ss). Saulo, que cuidaba los mantos de los asesinos de Esteban aprobando su muerte, es derribado en el camino por Aquel a quien persigue; nunca se nos hubiera ocurrido en ninguna de nuestras comunidades la idea de convertir en feligrés a un tan firme perseguidor.

Después de su conversión, huyendo de Damasco, llega Saulo a Jerusalén e intenta juntarse con los discípulos, pero todos le tienen miedo, no creen que sea discípulo (9, 26). Bernabé será quien se lo presenta a los Apóstoles. La predicación del Evangelio a los griegos no es una acción evangelizadora provocada por los alientos universalistas del Pentecostés jerosolimitano, sino una ‘prueba’, un ensayo que intentaron unos chipriotas y cirenenses en Antioquia, y que resultó ser el camino que el Espíritu quería (11, 19). Pedro rezaba en la azotea de su casa, clasificando los alimentos y las personas en ‘puros e impuros’, hasta que un aldabonazo en la puerta le despertará de sus fantasías y le conducirá al primer bautizo de un romano, un extraño, un ‘impuro’. ¡Siempre una puerta que se abre, una posibilidad que inaugura el Espíritu! (10, 1ss), aunque haya algunos que desde dentro de la propia casa lleguen a reprochar a Pedro que haya entrado en la de los incircuncisos y haya comido con ellos.

El primero de los Apóstoles tendrá que explicar en Jerusalén, ante los demás Apóstoles y los presbíteros, que Dios le ha elegido para que por su boca oigan los gentiles el Evangelio y crean, y afirmará rotundamente que ‘nosotros creemos que nos salvamos por la gracia del Señor Jesús, del mismo modo que ellos’ (15, 7ss). No fue tarea fácil hacer que la Palabra llegase a Roma, pasando por toda Judea y Samaría, saltando a Europa por Macedonia, proclamándose en el Areópago de Atenas con escaso resultado, anunciándose entre discretas acogidas y rabiosos rechazos en las orillas de los ríos, en las sinagogas, en las plazas, y hasta en las mazmorras de las cárceles.

¿Qué nos pasa hoy, queridos hermanos, que las dificultades exteriores se convierten en freno para la transmisión del Evangelio cuando en los primeros años era exactamente lo contrario? Pablo empieza su carta a los cristianos de Filipos desde la cárcel afirmando con claridad: ‘*Quiero que sepáis hermanos, que esto que me ocurre más bien ha favorecido el avance del Evangelio, pues la entera residencia del gobernador y todos los demás ven claro que estoy en la cárcel por Cristo, y la mayoría de los hermanos, alentados por mi prisión a confiar en el Señor, se atreven mucho más a hablar la palabra de Dios sin miedo*’ (Fil 1, 12ss)

El procurador Porcio Festo no compartirá en absoluto los planteamientos y la fe de Pablo, el prisionero que le ha dejado su antecesor Félix, pero definirá perfectamente la razón por la que el Apóstol está entre rejas, esperando la ocasión de proseguir el viaje a Roma. Pablo ha apelado al César, pero lo que realmente pretende es que la Palabra llegue al corazón del Imperio Romano. Festo explica al rey Agripa, en visita a Cesarea: los acusadores tienen contra él *unas discusiones sobre su propia religión, y sobre un tal Jesús, ya muerto, de quien Pablo afirma que vive* (Hech 25, 19). UN TAL JESÚS, YA MUERTO, DE QUIEN PABLO AFIRMA QUE VIVE. Es la misma melodía de las primeras palabras de Pedro al abrir la puerta del Cenáculo: ¡OS HABLO DE JESÚS NAZARENO!... DIOS LO RESUCITÓ, Y NOSOTROS SOMOS TESTIGOS.

UN ENCUENTRO, siempre un encuentro en el origen de cualquier cambio de vida, sea Pedro o Pablo, sea cualquiera de nosotros o cualquiera de los miembros de nuestras comunidades. Fomentar el Encuentro con Cristo vivo, en la contemplación sosegada ante la Palabra de la Escritura, en la oración silenciosa ante la presencia de la Eucaristía, en la clarividencia de la atención al Cristo roto en el excluido y el necesitado. Volver al Encuentro con Cristo vivo, el que nos llamó y nos marcó con su sello, de cristiano o de sacerdote. Nos lamentamos de la falta de vocaciones sacerdotales, y no ponemos el dedo en la llaga: nos faltan vocaciones sacerdotales, como nos faltan vocaciones consagradas y por igual vocaciones de cristianos laicos conscientes y comprometidos. Para desarrollar una pastoral vocacional, tan necesaria, es oportuno que todos nos impliquemos desde la pastoral diaria; sólo “*cuando a los jóvenes se les presenta sin recortes la persona de Jesucristo, prende en ellos una esperanza que les impulsa a dejarlo todo para seguirle, atendiendo su llamada, y para dar testimonio de él ante sus coetáneos*” (Ecclesia in Europa 39) pero es necesario “*realizar una acción pastoral que ayude, sobre todo a los jóvenes, a tomar opciones de una vida arraigada en Cristo y dedicada a la Iglesia*” (Ibid, 40).

Y con el acercamiento a Cristo, vivo y presente, la recuperación del aliento. No podemos dedicarnos a recortar actividades, presencias, iniciativas, con la excusa de que ‘la

gente no viene’, ‘la sociedad ha cambiado mucho’, ‘no hay hambre’. Una vez más: **no es cristiana una pastoral de la respuesta a la demanda**. El anuncio del Evangelio es una propuesta, y una propuesta audaz, desde el convencimiento y el gozo. Sin esta visión de las cosas, jamás se hubieran abierto las puertas del Cenáculo.

Las expresiones ‘desanimado’ ‘desalentado’ son de uso muy corriente hoy en la Iglesia y en nuestras diarias conversaciones. Me parecen muy indicativas del origen de tantas crisis de personas, grupos y comunidades. Hay ciertamente des-aliento, hay des-ánimo. Pero en cristiano, aliento y ánimo se escriben con mayúsculas: ESPÍRITU. Nuestras crisis, o al menos mucho de lo que deberíamos atender hoy en ellas, puede indicarnos falta de Espíritu. Nuestra Iglesia, nacida para evangelizar, necesitada de Evangelio, puede redescubrir la presencia de Cristo vivo. La Palabra y el Espíritu, los verdaderos protagonistas de los Hechos de los Apóstoles y de nuestros ‘hechos de apóstoles’, nos animan a abrir la puerta con renovado aliento y ardor. Que el Señor nos bendiga con su amor y nos llene de amor mutuo

✠ Francisco, Obispo